

Por los Picos de Europa

PRIMERO la dulzura ondulada de San Vicente de la Barquera. Una casita encima de otra. Un puente arcaico. Un vaporcito. Agua. Agua...

Todo es un remanso agradable en esta etapa del paisaje norteño. Pero allá arriba, algo más lejos, yerguen su monumental torso terreno esas montañas que se levantan entre Castilla—la Castilla del mar de arena—y el Norte, que exhibe un trozo de paisaje completamente distinto. Para que la llanura castellana no se aice á curiosar los dominios del mar y las instantáneas verdosas de gratas perspectivas, duermen los Picos de Europa—valga el tópico—como agudos centinelas peninsulares. Duermea, pero sus picachos rudos y salvajes son como ojos avizores que se mueven inquietos en la luminosidad de la vida. Luminosidad clara y terminante por el día. Luminosidad siniestra, azul y gris, por la noche... Allá arriba, donde no pueden llegar las sombras nocturnas.

Antes de subir hasta los puntos asequibles de estas grandiosas montañas hemos detenido nuestra inquietud viajera en esta Central Eléctrica de Puente Ponceos. Hemos visto cómo el chispazo y el mármol aislador parecían moverse alborozados en ese encierro que maneja distintas vidas en la única vida real. Y bebimos algo, sentamos en el pretil que bordea un arroyo. Bebimos, sintiendo sobre nosotros la emoción de pedruscos y rocas que viven perpendicularmente a la tierra lisa y fácil.

Sí, bella es la excursión á través de pinos y riachuelos paralelos, sobre una tabla sencilla. Sí, agradable resulta el paseo en canoa por un brazo de cualquier puerto natural. Sí, grande es el caminar por la cinta blanca y dura de la carretera de Castilla. ¡Formidable es subir, trepar, discurrir por estas montañas casi inaccesibles!

Se llega al *sport*. Hay una emoción inenarrable que no se conoce en otro paraje, que no puede concebirse ni en el corazón más sensible del indígena más adicto á su patria chica. Siente uno en la cara el ramalazo fuerte y sorprendente de la bocanada de aire que huye de un reco-

El Naranjo de Bulnes



«Pena Vieja»



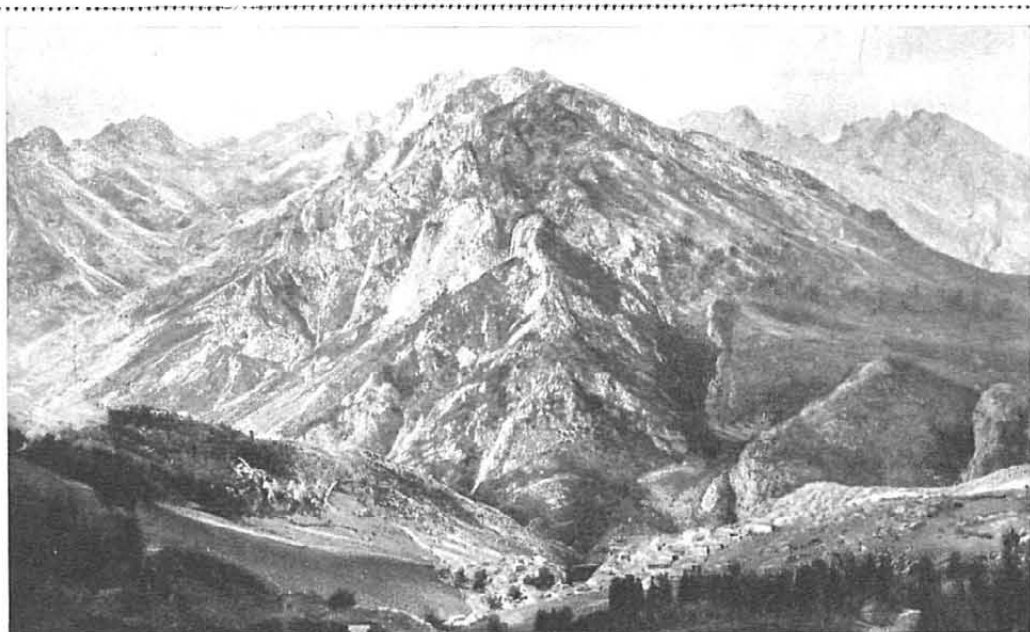
Tiros del Rey

do cualquiera. Una brisa helada—vapor de nieve congelada—cosquillea en el nódulo mástil de nuestra testa alpinista.

Resbala en una grieta. Se escapa un grito, que quiere contenerse después de haber gritado. Habla uno al compañero, y el viento—irónico, burlón—se interpone entre los dos con silbido de suplicio breve.

Y sigue uno subiendo. Ya estamos demasiado arriba. Hay que llegar á aquel llano—oasis de pico—para tomar luego con reposo el camino, relativamente agradable, de la vuelta ansiada. Pero ahora—un minutos, dos..., cinco—hay que seguir subiendo. Mira uno hacia abajo y vuelve el viento á jugar, etear—como cruel avispa—en torno á la cabeza, que parece irse... Allá lejos, muy lejos..., la centralilla eléctrica de Puente Foncecos... Hay que seguir subiendo...

Peñas de Sotres



Llegamos. Ahora—apoyados en una roca saliente—aventuramos una pirueta de pulmón. Se respira con fuerza, ya con tranquilidad. Ahora—ahora sí—ya todo nos parece en nuestro poder. El viento—antes enemigo—nos muestra su faz de confortador camarada. La temperatura es deliciosa. Yo me quedaría aquí toda la vida. Se siente un bienestar nunca experimentado. Se respira ese aire nunca saboreado. Y hasta cuesta emprender el viaje de regreso.

Alguien entona una canción asturiana:

*... Y después de haber subido,
y haber pisado la nieve,
y haber corrido la tuna,
¡tunante!, ya no me quiere...*

Descendemos con monotonía, con lentitud, con nostalgia, de la cumbre vencida...

El Circo de Gredos



Ya no hay emociones, ni sorpresas, ni dificultades que salvar. Todo es liso. Todo cede. Se baja relativamente de prisa.

Los Picos de Europa—magros centinelas de este campamento colosal que es España—siguen inalterables, quietos, gallardos.

Con gallardía de húsar novato. Y, sin embargo, muchos años pesan ya sobre las espaldas cetrinas de estos soldados-modelos. Ahora, desde aquí abajo, los vemos pequeñitos, disipados..., pero dejando insinuar su fuerte potencia de fortaleza incomparable.

Y allá lejos..., lejos..., la centralilla eléctrica de Puente Foncecos.

Regresamos del Naranco... El aire es más pesado. La sensación menos natural... Fueron los Picos de Europa...

... ¡Callados centinelas del Norte!

L. MENDEZ DOMÍNGUEZ

El pueblo de Cosgayo

